

S. EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE ESTRIDÓN, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA JONÁS, LIBRO ÚNICO. (C)

PRÓLOGO.

Han transcurrido aproximadamente tres años desde que interpreté a cinco profetas: Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías y Ageo; y ocupado en otra obra, no pude completar lo que había comenzado: escribí un libro sobre hombres ilustres, dos volúmenes contra Joviniano, una apología y sobre el mejor género de interpretación para Pamaquio, y dos libros a Nepociano o sobre Nepociano, y otras cosas que sería largo enumerar. Por lo tanto, después de tanto tiempo, como si fuera un regreso, comienzo a interpretar a Jonás, y ruego que quien es tipo del Salvador, y que permaneció tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, prefigurando la resurrección del Señor, nos conceda también a nosotros el fervor de antaño, para que merezcamos la venida del Espíritu Santo. Pues si Jonás se interpreta como paloma, y la paloma se refiere al Espíritu Santo, también nosotros interpretemos la paloma por su venida a nosotros. Sé que los antiguos eclesiásticos, tanto griegos como latinos, han dicho mucho sobre este libro, y con tantas cuestiones no han aclarado las sentencias, sino que las han oscurecido; de modo que su interpretación necesita interpretación, y el lector se retira mucho más incierto de lo que estaba antes de leer. No digo esto para menospreciar a grandes ingenios y alabarme a mí mismo, sino porque el oficio del comentarista es aclarar brevemente lo que es oscuro, y no tanto mostrar su elocuencia, sino explicar el sentido de lo que expone. Buscamos, pues, si el profeta Jonás, además de su volumen y los Evangelios, es decir, el testimonio del Señor sobre él, se lee en otro lugar de las Sagradas Escrituras. Y si no me equivoco, en el volumen de los Reyes está escrito así: "En el año quince de Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, reinó Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel en Samaria, cuarenta y un años. E hizo lo malo ante el Señor, y no se apartó de todos los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel. Él restauró los límites de Israel en Samaria desde la entrada de Hamat hasta el mar del desierto, según la palabra del Señor Dios de Israel, que habló por mano de su siervo Jonás, hijo de Amitai, el profeta, que era de Gat, que está en Ofer" (2 Reyes 14:25 y ss.). Los hebreos dicen que este es el hijo de la viuda de Sarepta, a quien el profeta Elías resucitó de entre los muertos, y que después la madre dijo a él: "Ahora conozco que eres un hombre de Dios, y que la palabra de Dios en tu boca es verdad"; y por esta razón también se llamó así al niño. Pues Amitai en nuestra lengua significa verdad, y por lo que Elías habló verdaderamente, se dice que el resucitado es hijo de la verdad. Por otra parte, Gat en el segundo miliario de Seforim, que hoy se llama Diocesarea, yendo a Tiberíades, es una pequeña aldea, donde también se muestra su sepulcro. Aunque otros quieren que cerca de Diospolis, es decir, Lidda, haya nacido y esté enterrado: no entendiendo que lo que se añade, Ofer, se refiere a la distinción de otras ciudades de Gat, que hoy también se muestran cerca de Eleuterópolis o Diospolis. El libro de Tobías, aunque no se tiene en el Canon, sin embargo, porque es usado por los eclesiásticos, menciona algo similar, diciendo Tobías a su hijo: "Hijo, he envejecido, y estoy a punto de salir de mi vida: Toma a tus hijos y vete a Media, hijo: porque sé lo que habló el profeta Jonás sobre Nínive, que será destruida" (Tobías 14). Y en verdad, en cuanto a las historias tanto hebreas como griegas, y especialmente Heródoto, leemos que Nínive, reinando en los hebreos Josías, y Astiages rey de los medos, fue destruida. De lo cual entendemos que en el primer tiempo, a la predicación de Jonás, habiendo hecho penitencia, los ninivitas obtuvieron el perdón; pero después, perseverando en sus antiguos vicios, provocaron sobre sí la sentencia de Dios. Y los hebreos dicen que Oseas, Amós, Isaías y Jonás profetizaron en los mismos tiempos. Esto en cuanto a los fundamentos de la historia. Sin embargo, no ignoramos que el venerable papa Cromacio, con gran esfuerzo, refiere todo el profeta a la inteligencia del Salvador: a saber, que huyó, que durmió,

que fue precipitado en el mar, que fue recibido por el cetáceo, que fue arrojado a la orilla para predicar la penitencia, que se entristeció por la salvación de la innumerable ciudad, que se deleitó con la sombra de la calabacera, que fue reprendido por Dios por tener más cuidado de la hierba verde y luego seca, que de tanta multitud de hombres, y otras cosas que intentaremos explicar en el mismo volumen: y sin embargo, para comprender todo el sentido del profeta en un breve prefacio, ningún mejor intérprete de su tipo habrá que el mismo que inspiró a los profetas, y antes señaló en sus siervos las líneas de la verdad futura. Habla, pues, a los judíos incrédulos de su palabra, y que no conocen a Cristo, el Hijo de Dios: "Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás; y he aquí, más que Jonás está aquí" (Mateo 12:41). Se condena la generación de los judíos, creyendo el mundo: y Nínive haciendo penitencia, Israel incrédulo perece. Ellos tienen los libros, nosotros al Señor de los libros (2 Corintios 3): ellos tienen a los profetas, nosotros la inteligencia de los profetas: a ellos los mata la letra, a nosotros nos vivifica el espíritu (Juan 18): entre ellos se libera a Barrabás el ladrón, a nosotros se nos libera a Cristo, el Hijo de Dios.

COMIENZA EL LIBRO.

(Cap. I.---Vers. 1.) Y fue la palabra del Señor a Jonás, hijo de Amitai, diciendo: Levántate, y ve a Nínive, la gran ciudad, y predica en ella; porque ha subido su maldad ante mí. Los Setenta, excepto que dijeron, "ha subido el clamor de su maldad a mí", lo demás lo tradujeron de manera similar. En condenación de Israel, Jonás es enviado a las naciones, porque Nínive haciendo penitencia, ellos perseveran en la maldad. Por lo que dice, "ha subido su maldad ante mí", o "el clamor de su maldad a mí", es lo mismo que se dice en Génesis: "El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado" (Génesis 18:20). Y a Caín: "La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra" (Génesis 4:10). Según la tropología, nuestro Señor, Jonás, es decir, paloma, o doliente (pues ambos significan, ya sea porque el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y permaneció en él (Lucas 19), o porque dolió por nuestras heridas, y lloró sobre Jerusalén, y por su llaga fuimos sanados (Isaías 53): verdaderamente hijo de la verdad; pues Dios es verdad), es enviado a Nínive hermosa, es decir, al mundo, que nada más hermoso vemos con los ojos de la carne (Juan 14). De donde también entre los griegos tomó su nombre del ornato κόσμος; y habiendo completado cada una de las obras, dice de él: "Vio Dios que era bueno". A Nínive, digo, la gran ciudad, para que, porque Israel despreció escuchar, todo el mundo de las naciones escuche. Y esto porque ha subido su maldad ante Dios. Pues cuando Dios como una casa bellísima construyó para el hombre que le serviría, el hombre se pervirtió por su propia voluntad, y desde la infancia se aplicó diligentemente al mal su corazón (Génesis 8): y puso su boca en el cielo, y construida la torre de la soberbia (Génesis 11), merece al Hijo de Dios descendiendo a él, para que por la ruina de la penitencia suba al cielo, quien por el tumor de la soberbia no pudo.

Y se levantó Jonás para huir a Tarsis de la presencia del Señor. Los Setenta de manera similar. El profeta sabe, sugiriéndole el Espíritu Santo, que la penitencia de las naciones es la ruina de los judíos. Por eso, amante de su patria, no tanto envidia la salvación de Nínive, como no quiere que perezca su pueblo. De otro modo, había leído a Moisés rogando por él: "Si perdonas su pecado, perdónalos: pero si no perdonas, bórrame del libro que has escrito" (Éxodo 32:31, 32), y por sus oraciones Israel fue salvado, y Moisés no fue borrado del libro, sino que más bien el Señor tomó ocasión por medio de su siervo para perdonar a los demás siervos suyos. Pues al decir, "déjame", muestra que puede ser retenido. Algo similar dice el Apóstol: "Deseaba ser anatema por mis hermanos, que son israelitas según la carne" (Romanos 9:3). No porque él desee perecer, para quien vivir es Cristo, y morir es ganancia (Filipenses 1); sino que más bien merece la vida, mientras quiere salvar a los demás. Además,

viendo Jonás que sus compañeros profetas son enviados a las ovejas perdidas de la casa de Israel, para provocar al pueblo a la penitencia, y también Balaam profetizó divinamente sobre la salvación del pueblo israelita (Números 22), se duele de ser el único elegido para ser enviado a los asirios enemigos de Israel, y a la ciudad enemiga más grande, donde hay idolatría, donde hay ignorancia de Dios: y lo que es más, temía que por ocasión de su predicación, ellos convertidos a la penitencia, Israel fuera completamente abandonado. Pues sabía por el mismo espíritu, en el que se le creía el pregonero de las naciones, que cuando las naciones creyeran, entonces perecería la casa de Israel, y lo que alguna vez iba a suceder, temía que sucediera en su tiempo. Por eso, imitando a Caín Jonás (Génesis 4), y alejándose de la presencia del Señor, quiso huir a Tarsis, que Josefo interpreta como la ciudad de Tarso en Cilicia, aunque con la primera letra cambiada: pero según se entiende en los libros de las Crónicas, un lugar de la India se llama así. Por otra parte, los hebreos afirman que THARSIS () se dice generalmente mar, según aquello: "Con viento fuerte romperás las naves de Tarsis" (Salmo 48:8), es decir, del mar. Y en Isaías: "Aullad, naves de Tarsis" (Isaías 2:14). Sobre lo cual hace muchos años recuerdo haber dicho en una carta a Marcela: No, pues, el profeta deseaba huir a un lugar cierto; sino que entrando al mar, se apresuraba a ir a cualquier parte: y esto conviene más al fugitivo y temeroso, no elegir un lugar de fuga ociosa; sino tomar la primera ocasión de navegar. También podemos decir esto, que quien pensaba que Dios era conocido solo en Judea (Salmo 75), y su nombre grande en Israel, después de sentirlo en las olas, confiesa y dice: "Soy hebreo, y temo al Señor del cielo, que hizo el mar y la tierra seca": si él hizo el mar y la tierra seca, ¿por qué dejando la tierra seca piensas que puedes evitar al creador del mar en el mar? Al mismo tiempo, se instruye por la salvación y conversión de los marineros, que también una multitud tan grande de Nínive puede salvarse con una confesión similar. Sobre el Señor y nuestro Salvador podemos decir, que dejó su casa y su patria, y tomando carne, de alguna manera huyó de los celestiales, y vino a Tarsis, es decir, al mar de este siglo, según se dice en otro lugar: "Este mar grande y espacioso, allí reptiles, de los cuales no hay número. Animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves. Este dragón que formaste para burlarte de él" (Salmo 104:25 y ss.). Por eso también en la pasión decía: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz": para que el pueblo clamando: "Crucifícalo, crucifícalo tal" (Lucas 22:42). Y: "No tenemos rey sino a César" (Juan 19:15), la plenitud de las naciones entrara, y se rompieran las ramas del olivo, por las cuales crecieran los retoños del acebuche (Romanos 11). Y fue de tanta piedad y amor por el pueblo por la elección de los padres, y la promesa a Abraham, que en la cruz decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). O ciertamente porque Tarsis se interpreta como contemplación de gozo, viniendo a Joppe el profeta, que también significa hermosa, se apresura a ir al gozo, y disfrutar de la bienaventuranza de la quietud, entregarse todo a la teoría, pensando que es mejor disfrutar de la belleza y variedad del conocimiento, que por ocasión de la salvación de las demás naciones, perecer el pueblo, del cual Cristo ha de nacer en la carne.

(Vers. 3.) Y descendió a Joppe, y encontró un barco que iba a Tarsis: y pagó su pasaje, y descendió en él, para ir con ellos a Tarsis de la presencia del Señor. LXX: Y subió a Joppe, y encontró un barco que iba a Tarsis: y pagó su pasaje, y subió en él, para navegar con ellos a Tarsis de la presencia del Señor. Leemos que Joppe es un puerto de Judea, tanto en los libros de los Reyes como en las Crónicas (2 Crónicas 2), al cual también el rey Hiram de Tiro trasladaba maderas del Líbano en balsas, que se llevaban a Jerusalén por camino terrestre. Este es el lugar donde hasta hoy se muestran las rocas en la costa, en las que Andrómeda fue atada, y fue liberada por la ayuda de Perseo. El lector erudito conoce la historia; pero también según la naturaleza de la región, viniendo de las montañas y alturas a Joppe y las llanuras, el profeta se dice correctamente que descendió, y encontró un barco soltando la cuerda de la costa, y entrando al mar, y pagó su pasaje, es decir, el precio de su transporte, según el

hebreo, o su pasaje, como lo tradujeron los Setenta. Y descendió en él, como se contiene propiamente en el hebreo: IERED () significa descendió: para que el fugitivo buscara ansiosamente refugios. O subió, como está escrito en la edición Vulgata: para que a dondequiera que el barco se dirigiera, llegara: pensando que había escapado, si dejaba Judea. Pero también nuestro Señor en el extremo de la costa de Judea (que, porque estaba en Judea, se llamaba hermosísimo) no quiere quitar el pan de los hijos, y dárselo a los perros (Mateo 15); pero porque había venido a las ovejas perdidas de la casa de Israel, da el precio a los pasajeros, para que quien primero quiere salvar a su pueblo, salve a los habitantes del mar, y entre los torbellinos y tempestades, es decir, su pasión, y los insultos de la cruz sumergido en el infierno, salve a aquellos, que como durmiendo en el barco, parecía negligente (Mateo 8). El lector prudente debe ser solicitado, para que no quiera buscar el mismo orden de la topología que el de la historia. Pues también el Apóstol refiere a Agar y Sara a los dos Testamentos: y sin embargo, no todo lo que se narra en esa historia podemos interpretarlo topológicamente. Y a los Efesios hablando de Adán y Eva dice: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne: Este sacramento es grande: pero yo digo en Cristo, y en la Iglesia" (Efesios 5:31, 32). ¿Acaso podemos referir todo el principio del Génesis, y la fabricación del mundo, y la condición de los hombres a Cristo, y a la Iglesia, porque el Apóstol usó así este testimonio? Haz que lo que está escrito: "Por eso dejará el hombre a su padre", lo refiramos a Cristo, para que digamos que dejó al Padre en los cielos, Dios, para que el pueblo de las naciones se uniera a la Iglesia: lo que sigue, "a su madre", ¿cómo podemos interpretarlo, sino que digamos que dejó a la Jerusalén celestial, que es madre de los santos, y otras cosas mucho más difíciles que estas? También lo que escribe el mismo Apóstol: "Bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo" (1 Corintios 10:4), de ninguna manera nos obliga a referir todo el libro del Éxodo a Cristo. ¿Qué podemos decir? que esta roca fue golpeada por Moisés, no una vez sino dos veces (Éxodo 17), que las aguas fluyeron, y los torrentes se llenaron. ¿Acaso forzaremos toda la historia de este lugar bajo la ley de la alegoría por esta ocasión? y no más bien cada lugar según la diversidad de la historia, recibirá una diversa inteligencia espiritual? Por lo tanto, así como estos testimonios tienen sus interpretaciones, y ni lo precedente ni lo siguiente desean la misma alegoría: así también el profeta Jonás no sin peligro del intérprete, podrá ser referido todo al Señor. Ni por lo que se dice en el Evangelio: "Generación mala y adúltera busca señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra, tres días y tres noches" (Mateo 12:39).

(Vers. 4.) Pero el Señor envió un gran viento en el mar, y se hizo una gran tempestad en el mar, y la nave estaba en peligro de romperse. LXX: Y el Señor levantó un gran espíritu en el mar, y se hizo una gran tempestad en el mar, y la nave estaba en peligro de romperse. La fuga del profeta puede referirse también a la persona del hombre en común, que despreciando los preceptos de Dios, se alejó de su presencia, y se entregó al mundo, donde después por la tempestad de los males, y el naufragio de todo el mundo contra él, fue obligado a sentir a Dios, y volver a aquel de quien había huido. De donde entendemos que incluso aquellas cosas que los hombres consideran saludables para sí mismos, con Dios no queriendo, se convierten en perdición, y no solo no benefician a aquellos a quienes se les ofrece ayuda; sino que también los mismos que la ofrecen, igualmente se rompen. Como leemos que Egipto fue vencido por los asirios, porque ayudaba a Israel contra la voluntad del Señor. La nave que recibió al que estaba en peligro, está en peligro: los vientos agitan los mares, en la tranquilidad surge la tempestad, nada, con Dios adverso, es seguro.

(Vers. 5.) Y temieron los marineros, y clamaron los hombres a su dios, y echaron las vasijas que estaban en la nave al mar, para que se aliviara de ellos. LXX: Y temieron los que navegaban, y clamaron cada uno a su dios, e hicieron un lanzamiento de las vasijas de la nave al mar, para que se aliviara la nave. Creen que la nave está sobrecargada con el peso habitual, y no entienden que todo el peso es del profeta fugitivo. Temen los marineros, clama cada uno a su dios; ignorando la verdad, no ignoran la providencia, y bajo el error de la religión saben que hay algo que venerar: arrojan las cargas al mar, para que la magnitud de las olas la flota más ligera las salte. Pero Israel ni con bienes ni con males entiende a Dios; mientras Cristo llora por el pueblo, tiene los ojos secos.

Y Jonás descendió a las entrañas del barco y dormía profundamente. LXX: Pero Jonás descendió al vientre del barco, y dormía, y roncaba. En cuanto a la historia, se describe la mente segura del profeta: no se turba ni por la tempestad ni por los peligros, manteniendo el mismo ánimo tanto en la calma como ante el naufragio inminente. Finalmente, otros claman a sus dioses, arrojan las vasijas, cada uno se esfuerza en lo que puede. Él está tan tranquilo y seguro, de ánimo sereno, que descendiendo a las entrañas del barco, disfruta de un sueño plácido. Pero también se puede decir esto: Era consciente de su huida y pecado, por el cual había desobedecido los mandatos del Señor: y veía que la tempestad, desconocida para los demás, se desataba contra él: por eso descendió a las entrañas del barco y se escondió triste, para no ver cómo las olas, como vengadores de Dios, se alzaban contra él. Pero el hecho de que duerma no es por seguridad, sino por tristeza. Pues también leemos que los Apóstoles, en la pasión del Señor, fueron vencidos por el sueño debido a la magnitud de la tristeza (Mat. XXVI). Sin embargo, si lo interpretamos en un sentido figurado, el sueño del profeta y el sopor profundísimo significan al hombre adormecido por el error, a quien no le bastó huir de la presencia de Dios, sino que, además, su mente, cubierta por una especie de insensatez, ignoraba la ira de Dios, y como si estuviera seguro, dormía y resonaba con un profundo ronquido.

(Vers. 6.) Y se acercó a él el capitán, y le dijo: ¿Por qué te dejas vencer por el sueño? Levántate, invoca a tu Dios, si acaso Dios se acuerda de nosotros, y no perecemos, LXX: Y se acercó a él el piloto, y le dijo: ¿Por qué roncas? Levántate, invoca a tu Dios, si de alguna manera Dios nos salva, y no perecemos. Es natural que cada uno, en su peligro, espere más de otro: de ahí que el capitán, o el piloto, que debía consolar a los pasajeros temerosos, viendo la magnitud del peligro, despierta al que duerme, y le reprende por su imprudente seguridad, y le exhorta a que también él, en la medida de sus posibilidades, ruegue a su Dios: para que, siendo común el peligro, común sea la oración. Además, según la tropología, hay muchos que navegan con Jonás, y teniendo sus propios dioses, se apresuran a ir hacia la contemplación del gozo. Pero después de que Jonás sea descubierto por sorteo, y con su muerte se calme la tempestad del mundo, y se devuelva la tranquilidad al mar, entonces será adorado un solo Dios, y se inmolarán víctimas espirituales, que ciertamente, según la letra, no tenían en medio de las olas.

(Vers. 7.) Y dijo el hombre a su compañero: Venid y echemos suertes, y sepamos por qué este mal nos ha sobrevenido: y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás. LXX: Y dijo cada uno a su prójimo: Venid, echemos suertes, y conozcamos por quién nos ha sobrevenido esta maldad: y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás. Conocían la naturaleza del mar, y navegando tanto tiempo sabían las razones de las tempestades y los vientos, y ciertamente, si hubieran visto levantarse las olas habituales, y que alguna vez habían experimentado, nunca quizás buscarían al autor del naufragio, y por una cosa incierta, desearían evitar un peligro cierto. Tampoco debemos creer inmediatamente en las suertes bajo este ejemplo, ni

unir este testimonio con el de los Hechos de los Apóstoles, donde por suerte se elige a Matías para el apostolado (Hechos I), ya que los privilegios de cada uno no pueden hacer una ley común. Pues así como en condenación de Balaam habla una asna (Núm. XXII), y Faraón (Gén. XLI), y Nabucodonosor en su juicio (Dan. II, 4), conocen el futuro por sueños, y sin embargo no entienden a Dios revelándolo: también Caifás profetiza ignorando, que conviene que uno muera por todos (Juan XI y XVIII): así también aquí el fugitivo es descubierto por suerte, no por el poder de las suertes, y menos aún por las suertes de los gentiles, sino por la voluntad de aquel que dirigía las suertes inciertas. Pero lo que se dice: Y conozcamos por quién nos ha sobrevenido esta maldad, aquí debemos entender maldad por aflicción y calamidad, según aquello: Basta al día su propio mal (Mat. VI, 34). Y en el profeta Amós: ¿Hay alguna maldad en la ciudad que el Señor no haya hecho? (Amós III, 6). Y en Isaías: Yo soy el Señor que hago la paz, y creo los males (Isaías XLV, 7). En otro lugar, sin embargo, la maldad se entiende como contraria a la virtud [o verdad], según lo que leemos más arriba en este mismo profeta: Ha subido el clamor de su maldad hasta mí.

(Vers. 8.) Y le dijeron: Indícanos, ¿por qué causa nos ha sobrevenido este mal, cuál es tu oficio, de qué tierra eres, y a dónde vas, o de qué pueblo eres? LXX: Y le dijeron: Anúncianos por qué razón esta maldad está sobre nosotros, cuál es tu oficio, de dónde vienes, a dónde vas, y de qué región eres, y de qué pueblo eres. A quien la suerte había señalado, le obligan a confesar con su propia voz, por qué hay tanta tempestad, o por qué la ira de Dios se desata contra ellos: Indícanos, dicen, por qué causa nos ha sobrevenido este mal: qué oficio tienes, de qué tierra, de qué pueblo vienes, a dónde te apresuras a ir. Y se debe notar la brevedad, que solíamos admirar en Virgilio: Jóvenes, ¿qué causa os ha impulsado a intentar caminos desconocidos, a dónde os dirigís, dice: cuál es vuestro linaje: de dónde sois, traéis paz aquí, o armas? (Eneida, libro V.) Se interroga sobre la persona, la región, el viaje, la ciudad: para que de estas cosas se conozca también la causa del peligro.

(Vers. 9.) Y les dijo: Soy hebreo, y temo al Señor Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca. LXX: Y les dijo: Soy siervo del Señor, y adoro al Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca. No dijo, soy judío, lo cual la división de las diez tribus de las dos impuso al pueblo como nombre; sino, soy hebreo, es decir, *παρατῆς*, transeúnte, como también Abraham, quien podía decir: Soy extranjero y peregrino, como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13): de quien en otro salmo se escribe: Pasaron de nación en nación, y de un reino a otro pueblo (Sal. CIV, 13). Moisés dice: Pasaré y veré esta gran visión (Éxodo III, 3). Y temo al Señor Dios del cielo: no a los dioses que invocáis, y que no pueden salvar, sino al Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca. El mar, en el que huyo; la tierra seca, de la que huyo. Y elegantemente, para distinguir del mar, no se llama tierra, sino tierra seca. Y en breve se muestra al creador del universo, que es Señor del cielo, de la tierra y del mar. Sin embargo, se pregunta cómo se comprueba que dice verdaderamente: Temo al Señor Dios del cielo, cuando no cumple sus mandamientos. A menos que respondamos que también los pecadores temen a Dios, y que es propio de los siervos no amar, sino temer; aunque en este lugar el temor puede entenderse como culto, según el sentido de aquellos que escuchaban, y que aún no conocían a Dios.

(Vers. 10.) Y los hombres temieron con gran temor, y le dijeron, ¿qué has hecho? Pues los hombres supieron que huía de la presencia del Señor, porque se lo había indicado. LXX: Y los hombres temieron con gran temor, y le dijeron, ¿qué has hecho? Pues los hombres supieron que huía de la presencia del Señor, porque se lo había indicado. El orden de la historia es inverso: porque podría decirse, no hubo causa de temor, por lo que les confesó, diciendo: Soy hebreo, y temo al Señor Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca: inmediatamente se añade que por eso temieron, porque les había indicado que huía de la

presencia del Señor, y no había cumplido sus mandamientos. Finalmente, se quejan y dicen: ¿qué has hecho? es decir, si temes a Dios, ¿por qué huyes? Si predicas que adoras a uno de tan gran poder, ¿cómo piensas que puedes evadirlo? Pero temen con gran temor, porque entienden que es un hombre santo, y de un pueblo santo (pues soltando el amarre desde Jope, conocían el privilegio del pueblo hebreo), y sin embargo no pueden ocultar al fugitivo. Grande es el que huye, pero mayor es el que busca: no se atreven a entregarlo, no pueden ocultarlo. Reprenden la culpa, confiesan el temor: ruegan que él mismo sea el remedio, quien fue el autor del pecado. O ciertamente lo que dicen: ¿qué has hecho? no increpan, sino que preguntan, queriendo conocer la causa de la huida, del siervo al Señor, del hijo al padre, del hombre a Dios. ¿Cuál es, dicen, tan gran misterio, que se abandone la tierra, se busquen los mares, se deje la patria, se deseen lugares ajenos?

(Vers. 11.) Y le dijeron: ¿qué te haremos, y cesará el mar de sobre nosotros? porque el mar iba, y se hinchaba. LXX: Y le dijeron, ¿qué te haremos, y se calmará el mar de sobre nosotros? porque el mar iba, y levantaba más las olas. ¿Dices que por ti se han agitado los vientos, las olas, el mar, los abismos? has expuesto la causa de la enfermedad, indica la de la sanidad. Por el hecho de que el mar se levanta contra nosotros, entendemos que es la ira por haberte acogido. Si es culpa que te hayamos recibido, ¿qué podemos hacer para que el Señor no se enoje? ¿qué te haremos? esto es, ¿te mataremos? pero eres adorador del Señor: ¿te salvaremos? pero huyes de Dios. Lo nuestro es extender las manos; lo que debe hacerse, es tuyo ordenarlo, para que, hecho esto, se calme el mar, que ahora atestigua con su tumulto la ira del Creador. Y enseguida el historiador une la causa de tal pregunta, diciendo: el mar iba, y se hinchaba. Iba, como se le había ordenado: iba en venganza de su Señor: iba, persiguiendo al profeta fugitivo. Pero se hinchaba a cada momento, y como si los marineros se demoraran, se levantaba en olas mayores, para mostrar que no podía diferir la venganza del Creador.

(Vers. 12.) Y les dijo: Tomadme, y echadme al mar, y cesará el mar de sobre vosotros: porque sé que por mí ha venido esta gran tempestad sobre vosotros. LXX: Y Jonás les dijo: Tomadme, y echadme al mar, y se calmará el mar de sobre vosotros: porque yo sé que por mí las grandes olas están contra vosotros. Contra mí truena la tempestad, me busca, os amenaza con el naufragio para atraparme: me atraparé, para que con mi muerte viváis. Sé, dice, que por mí ha venido esta gran tempestad. No ignoro que los elementos se turban por mi castigo, que la confusión del mundo es por mí, que el naufragio se enfurece contra vosotros: las mismas olas os ordenan que me echéis al mar. Si yo siento la tempestad, vosotros recuperaréis la tranquilidad. Y debe notarse igualmente la magnanimidad de nuestro fugitivo, no se escabulle, no disimula, no niega; sino que quien había confesado la huida, asume voluntariamente el castigo, deseando perecer él, para que no perezcan también los demás por su causa, y al pecado de la huida, no se añada también el delito ajeno de la muerte. Esto en cuanto a la historia: además, no ignoramos que los vientos que soplan, a los que en el Evangelio el Señor ordenó que se calmaran (Mat. VIII), y la barca en peligro en la que dormía Jonás, y el mar que se hincha y es reprendido: calla y enmudece, se refieren al Señor Salvador, y a la Iglesia en peligro, o a los Apóstoles que lo despiertan [o sostienen], quienes al abandonarlo en la pasión, de algún modo lo precipitaban en las olas: Este Jonás dice: Sé que por mí ha venido esta gran tempestad sobre vosotros, porque los vientos me ven ir con vosotros a Tarsis, es decir, navegar hacia la contemplación del gozo, para llevaros conmigo al gozo: para que donde yo estoy y el Padre, allí estéis también vosotros (Juan XIV, 3). Por eso se enfurecen, por eso el mundo, que está en el maligno, ruge (I Juan V, 19): por eso los elementos se turban: la muerte desea devorarme, para mataros también a vosotros; y no entiende que, como en un anzuelo, toma el cebo, para que con mi muerte muera. Tomadme, y

echadme al mar. No es nuestro tomar la muerte, sino recibirla voluntariamente cuando es infligida por otros. Por eso, en las persecuciones no se permite morir por mano propia, excepto donde la castidad está en peligro; sino que se debe ofrecer el cuello al que golpea. Así, dice, apaciguad los vientos, así derramad libaciones en el mar: la tempestad que por mí se enfurece contra vosotros, se calmará con mi muerte.

(Vers. 13.) Y los hombres remaban para volver a la tierra seca, y no podían, porque el mar iba, y se hinchaba sobre ellos. LXX: Y los hombres intentaban volver a la tierra, y no podían, porque el mar iba, y se levantaba más contra ellos. El profeta había pronunciado sentencia contra sí mismo; pero ellos, al escuchar que era adorador de Dios, no se atrevían a ponerle las manos encima, por eso intentaban volver a la tierra seca, y escapar del peligro, para no derramar sangre, prefiriendo más bien perecer que perder. ¡Oh, cuán grande es el cambio de las cosas! El pueblo que había servido a Dios, dice: Crucificalo, crucificalo (Juan XIX, 6). A estos se les ordena que maten, el mar se enfurece, la tempestad ordena, y descuidando su propio peligro, están preocupados por la salvación ajena. Por eso también los Setenta dicen *παρεβιάζοντο*, es decir, querían hacer violencia y vencer la naturaleza de las cosas, para no violar al profeta de Dios. Pero lo que remaban los hombres, para volver a la tierra seca, pensaban que sin el sacramento de aquel que iba a sufrir, la nave podría ser liberada del peligro: cuando la subversión de Jonás fue la liberación de la nave.

(Vers. 14.) Y clamaron al Señor, y dijeron: te rogamos, Señor, que no perezcamos por la vida de este hombre, y no pongas sobre nosotros sangre inocente, porque tú, Señor, como quisiste, hiciste. LXX: Y clamaron al Señor, y dijeron: de ninguna manera, Señor, que no perezcamos por la vida de este hombre, y no pongas sobre nosotros sangre justa, porque tú, Señor, como quisiste, hiciste. Grande es la fe de los pasajeros: ellos mismos están en peligro, y ruegan por la vida de otro. Pues saben que la muerte del pecado es peor que la de la vida. Y no pongas, dicen, sobre nosotros sangre inocente. Testifican al Señor, para que lo que están a punto de hacer, no se les impute, y de algún modo dicen, no queremos matar a tu profeta, pero él mismo ha confesado tu ira, y la tempestad lo dice, porque tú, Señor, como quisiste, hiciste; tu voluntad se cumple por nuestras manos. ¿No nos parece que la voz de los marineros es la confesión de Pilato, quien se lava las manos, y dice: Soy inocente de la sangre de este justo (Mat. XXVII, 25). Las naciones no quieren que Cristo perezca, protestan por la sangre inocente. Y los judíos dicen: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Y por eso, si levantan las manos, no serán escuchados, porque están llenas de sangre: Porque tú, Señor, como quisiste, hiciste: Lo que hemos asumido, que se levante la tormenta, que los vientos se enfurezcan, que el mar se levante en olas, que el fugitivo sea descubierto por suerte, que indique lo que debe hacerse, es de tu voluntad, Señor, porque tú, Señor, como quisiste, hiciste. Por eso también el Salvador dice en el salmo: Señor, he querido hacer tu voluntad (Sal. XXXIX, 9).

(Vers. 15.) Y tomaron a Jonás, y lo echaron al mar, y el mar se detuvo de su furor. LXX: Y tomaron a Jonás, y lo echaron al mar, y el mar se detuvo de su conmoción. No dijo que lo arrebataron, no dijo que lo invadieron, sino que lo tomaron: como llevándolo con respeto y honor, lo echaron al mar no resistiendo, sino ofreciendo sus manos a la voluntad de ellos. Y el mar se detuvo, porque había encontrado a quien buscaba. Como si alguien persiguiera a un fugitivo, y avanzara con paso rápido, después de haberlo alcanzado, deja de correr, y se detiene y sostiene a quien ha atrapado. Así también el mar que, en ausencia de Jonás, se enfurecía, al tener en sus entrañas al deseado, se alegra y lo acoge, y de la alegría vuelve la tranquilidad. Si consideramos antes de la pasión de Cristo, los errores del mundo, y los vientos contrarios de diversas doctrinas, y la barca y todo el género humano, es decir, la criatura del Señor en peligro, y después de su pasión la tranquilidad de la fe, y la paz del

mundo, y todo seguro, y la conversión a Dios, veremos cómo después de la precipitación de Jonás, el mar se detuvo de su furor.

(Vers. 16.) Y los hombres temieron con gran temor al Señor, e inmolaron sacrificios al Señor, e hicieron votos. LXX de manera similar. Antes de la pasión del Señor, temiendo clamaron a sus dioses: después de su pasión temen al Señor, es decir, lo veneran y adoran, y no temen simplemente, como leímos al principio, sino con gran temor, según lo que se dice: Con toda tu alma, y con todo tu corazón, y con toda tu mente (Mat. XXII, 37). E inmolaron sacrificios, que ciertamente según la letra no tenían en medio de las olas: pero porque el sacrificio a Dios es un espíritu contrito (Sal. L). Y en otro lugar se dice: Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga tus votos al Altísimo (Sal. XLIX, 14). Y de nuevo: Te ofreceremos los becerros de nuestros labios: por eso en el mar inmolan sacrificios, y otros voluntariamente prometen haciendo votos: que nunca se apartarán de aquel a quien han comenzado a adorar. Pues temieron con gran temor: porque de la tranquilidad del mar y la huida de la tempestad, veían las verdaderas palabras del profeta. Jonás en el mar fugitivo, naufrago, muerto, salva la barca que fluctúa: salva a los gentiles antes lanzados en diversas opiniones por el error del mundo. Y Oseas, Amós, Isaías, Joel, que profetizaban al mismo tiempo, no pueden corregir al pueblo en Judea. De lo cual se muestra que no se puede calmar el naufragio, sino con la muerte del fugitivo.

(Cap. II.---Vers. 1.) Y preparó el Señor un gran pez para que tragara a Jonás. LXX: Y ordenó el Señor a un gran cetáceo, y devoró a Jonás. A la muerte y al infierno ordenó el Señor que recibieran al profeta. Creyendo que era una presa, lo que tanto se alegró en devorarlo, tanto lamentó al vomitarlo. Entonces se cumplió lo que se lee en Oseas: Seré tu muerte, oh muerte: seré tu mordedura, infierno (Oseas XIII, 14). En hebreo leemos pez grande, por lo cual los setenta intérpretes, y el Señor en el Evangelio, lo llaman cetáceo, explicando la misma cosa de manera más breve. En hebreo se dice DAG GADOL, () que se interpreta como pez grande: sin duda significa cetáceo. Y es de notar que donde se pensaba que había destrucción, allí hay custodia. Además, lo que dice, preparó, o bien desde el principio cuando lo creó, de lo cual también se escribe en el salmo: Este dragón que formaste para burlarte de él (Salmo CIII, 26): o ciertamente lo hizo venir junto al barco, para que recibiera a Jonás precipitadamente en su seno, y en lugar de muerte le proporcionara un refugio: para que quien en el barco había sentido a Dios enojado, lo sintiera propicio en la muerte.

(Vers. 2.) Y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches. LXX: Y estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches. El misterio de este lugar lo expone el Señor en el Evangelio (Mat. XII), y es superfluo decir lo mismo o algo diferente de lo que él mismo, que sufrió, expuso. Solo buscamos cómo fueron tres días y tres noches en el corazón de la tierra. Algunos dividen el viernes, cuando el sol se ocultó desde la hora sexta hasta la novena, y la noche sucedió al día, en dos días y noches, y añadiendo el sábado, consideran que deben contarse tres días y tres noches: nosotros, sin embargo, entendamos el todo por la parte: de modo que desde que murió en el viernes, contemos un día y una noche, y el sábado otro: y la tercera noche, que pertenece al día del Señor, la refiramos al comienzo del día siguiente: pues también en Génesis la noche no es del día precedente (Gén. I), sino del siguiente, es decir, el principio del futuro, no el fin del pasado. Para que esto pueda entenderse, lo diré más sencillamente. Imagina a alguien que salió a la hora novena de una mansión, y llegó a otra mansión a la hora tercera del día siguiente: si digo que hizo un viaje de dos días, no seré inmediatamente reprendido por mentir, porque quien caminó no consumió todas las horas de ambos días, sino una parte del viaje. Ciertamente, esta

interpretación me parece. Pero si alguien no la acepta, y puede exponer el sacramento de este lugar con un sentido mejor, debe seguirse más su opinión.

Y oró Jonás al Señor su Dios desde el vientre del pez: y dijo: LXX de manera similar, solo con el orden cambiado. Si Jonás se refiere al Señor, y por el hecho de que estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, indica la pasión del Salvador, su oración también debe ser un tipo de la oración del Señor. Y no ignoro que habrá algunos a quienes les parecerá increíble que un hombre pudiera ser preservado durante tres días y tres noches en el vientre de un cetáceo, donde se dirigían los naufragios, quienes ciertamente serán o fieles o infieles: si son fieles, se verán obligados a creer cosas mucho mayores: ¿Cómo tres jóvenes arrojados al horno ardiente de fuego, fueron tan ilesos que ni siquiera el olor del fuego tocó sus vestiduras (Dan. III)? ¿Cómo el mar se retiró y se mantuvo rígido como muros a ambos lados, para ofrecer un camino al pueblo que pasaba (Éxodo XIV)? ¿Cómo, por razón humana, aumentada por el hambre, la furia de los leones miró a su presa con temor y no la tocó: y muchas cosas de este tipo. Pero si son infieles, que lean los quince libros de las Metamorfosis de Nasón, y toda la historia griega y latina, y allí verán cómo Dafne fue convertida en laurel, o las hermanas de Faetón en álamos: cómo Júpiter, su dios más sublime, se transformó en cisne, fluyó en oro, raptó en toro, y otras cosas, en las que la misma torpeza de las fábulas niega la santidad de la divinidad. Creen en ellas, y dicen que para Dios todo es posible: y aunque creen en cosas torpes, y defienden el poder de Dios en todo, no atribuyen la misma virtud a las cosas honestas. Pero lo que está escrito: Y oró Jonás al Señor su Dios desde el vientre del pez, y dijo, entendemos que después de que en el vientre del cetáceo sintió que estaba a salvo, no desesperó de la misericordia del Señor, y se convirtió totalmente en súplica. Porque Dios, que había dicho del justo: Con él estoy en la tribulación (Salmo XC, 15). Y: Cuando me invoque, diré: aquí estoy, estuvo con él, y puede decir quien fue escuchado: En la tribulación me ensanchaste (Salmo IV, 1).

(Vers. 3.) Clamé en mi tribulación al Señor, y me escuchó, desde el vientre del infierno clamé, y escuchaste mi voz. Los Setenta de manera similar, solo cambiando esto: desde el vientre del infierno de mi clamor escuchaste mi voz. No dijo, clamo, sino clamé: ni ora por el futuro, sino que da gracias por el pasado: indicándonos que desde el momento en que fue arrojado al mar vio al cetáceo, y que una masa tan grande de cuerpo, y unas fauces inmensas con la boca abierta lo tragaban, recordó al Señor, y clamó, ya sea con las aguas cediendo, y el clamor encontrando lugar, o con todo el afecto del corazón, según lo que dice el Apóstol: Clamando en vuestros corazones, abba, padre (Rom. VIII, 15). Y clamó a aquel que solo conoce los corazones de los hombres, y habla a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV, 15). Aunque la Escritura no menciona que Moisés haya clamado antes de esta voz. Esto es lo que leemos en el primer salmo de los grados: Al Señor clamé en mi tribulación, y me escuchó (Salmo CXIX, 1). Entendamos por el vientre del infierno, el vientre del cetáceo, que era de tal magnitud que tenía la apariencia del infierno. Pero mejor puede referirse a la persona de Cristo, quien bajo el nombre de David canta en el salmo: No dejarás mi alma en el infierno: ni permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo XV, 10). Quien estuvo en el infierno vivo, entre los muertos libre.

(Vers. 4.) Y me arrojaste al abismo en el corazón del mar, y el río me rodeó. LXX: Me arrojaste al abismo del corazón del mar, y los ríos me rodearon. En cuanto a la persona de Jonás, no es difícil de interpretar: que encerrado en el vientre del cetáceo estuvo en lo más profundo y en medio del mar, y rodeado de ríos. En cuanto al Señor Salvador, tomemos el ejemplo del salmo sesenta y ocho en el que habla: Estoy hundido en el lodo del abismo, y no hay sustancia: Vine al abismo del mar, y la tempestad me sumergió; de lo cual también se dice en otro salmo: Pero tú has rechazado y despreciado, has diferido a tu Cristo: has

subvertido el pacto de tu siervo, has contaminado en la tierra su santuario, has destruido todas sus murallas (Salmo LXXXVIII, 39, 40), y lo demás. En comparación con la bienaventuranza celestial, y de ese lugar, del cual está escrito: En paz santa es su lugar (Salmo LVII, 2), toda habitación terrena está llena de olas, llena de tempestades. Por lo demás, por el corazón del mar se significa el infierno, por el cual en el Evangelio leemos: En el corazón de la tierra (Mat. XII, 14). Así como el corazón del animal está en medio, así también se dice que el infierno está en medio de la tierra. O ciertamente según la anagogía, en el corazón del mar, es decir, en medio de las tentaciones se recuerda a sí mismo. Y sin embargo, aunque estuvo entre aguas amargas, y fue tentado en todo sin pecado, no sintió las aguas amargas: sino que fue rodeado por un río, del cual también leemos en otro lugar: La corriente del río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 5): mientras otros bebían olas saladas, yo en medio de las tentaciones sorbía dulcísimas corrientes. Y no te parezca impío que ahora el Señor diga: Me arrojaste al abismo (Salmo LXVIII, 27), quien habla en el salmo: Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron: según lo que se pone en Zacarías desde la persona del Padre: Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán (Zacarías XIII, 7).

Todas tus olas y tus ondas pasaron sobre mí. LXX: Todas tus elevaciones y tus ondas pasaron sobre mí. Que sobre Jonás pasaron las olas tumultuosas del mar, y tronó la tempestad feroz, no hay duda. Pero buscamos cómo todas las elevaciones, y los abismos, y las ondas de Dios, pasaron sobre el Salvador. La tentación es la vida de los hombres sobre la tierra (Job VII, 1), o como se tiene en hebreo, milicia, porque aquí militamos, para ser coronados en otro lugar. Y no hay hombre que pueda soportar todas las tentaciones, excepto aquel que fue tentado en todo, según nuestra semejanza, sin pecado. Por eso se dice a los Corintios: No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana. Pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis; sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar (I Cor. X, 13). Y puesto que todas las persecuciones, y todo lo que sucede, no sobrevienen sin la voluntad de Dios: por eso se llaman abismos y ondas de Dios, que no oprimieron a Jesús, sino que pasaron por él, amenazando solo naufragio, no causándolo. Por tanto, todas las persecuciones, y los torbellinos, con los que se atormentaba el género humano, y todas las pequeñas naves se rompían, tronaron sobre mi cabeza. Yo soporté las tempestades, y rompí los torbellinos furiosos, para que los demás navegaran con más seguridad.

(Vers. 5.) Y yo dije, he sido arrojado de la vista de tus ojos. LXX: Yo dije, he sido arrojado de tus ojos. Antes de que clamase en mi tribulación, y me escuchases, porque había tomado la forma de siervo, imitando también su fragilidad, dije: He sido arrojado de la vista de tus ojos. Cuando estaba contigo, y disfrutaba de tu luz, y en tu luz yo era luz, no decía, he sido arrojado. Pero después de que vine al abismo del mar, y fui rodeado de carne humana, imito los afectos humanos, digo: He sido arrojado de la vista de tus ojos. Esto lo dije como hombre: pero como Dios, y a aquellos, que cuando estaba en tu forma, no consideré como usurpación ser igual a ti (Filip. II), queriendo elevar al género humano hacia ti: para que donde yo estoy y tú, allí estén también todos los que han creído en mí y en ti (Juan XVII, 24), digo:

Sin embargo, volveré a ver tu santo templo. LXX: ¿Acaso añadiré para ver tu santo templo? Esto que en griego se dice ἄρα, y tiene la edición vulgar, acaso, puede interpretarse como, por tanto, para que sea como la proposición y la asunción, y la conclusión final del silogismo, no desde la incertidumbre del que duda, sino desde la confianza del que comprueba: por lo cual nosotros hemos interpretado: Sin embargo, volveré a ver tu santo templo, según lo que se dice en otro salmo desde su persona: Señor, he amado la hermosura de tu casa, y el lugar del tabernáculo de tu gloria (Salmo XXV, 8). Y la lectura evangélica en la que está escrito: Padre, glorifícame junto a ti con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera (Juan

XVII, 5). Y respondió el Padre desde el cielo: Y he glorificado, y glorificaré (Juan XII, 28). O ciertamente porque se lee: El Padre en mí, y yo en el Padre (Juan XVII, 21), así como el templo del Padre es el Hijo, así el templo del Hijo es el Padre. Él mismo dice: Yo salí del Padre, y vine (Juan XVI, 28). Y: El Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). O el mismo Salvador como hombre pide: como Dios promete; y está seguro de su posesión que siempre ha tenido. Desde la persona de Jonás, puede entenderse claramente con el afecto de quien desea o confía, que deseó ver el templo del Señor estando en el abismo del mar, y con espíritu profético estar en otro lugar, y contemplar otra cosa.

(Vers. 6.) Me rodearon las aguas hasta el alma, el abismo me rodeó. LXX. El agua me rodeó hasta el alma: el abismo me rodeó en lo último. Estas aguas, que son vecinas a los abismos, que se vuelven y fluyen en la tierra, que arrastran mucho lodo consigo, no intentan matar el cuerpo, sino el alma, pues son amigas de los cuerpos, y se complacen en sus placeres. Por eso, según lo que dijimos antes, el Señor habla en el Salmo: Sálvame, Señor, porque las aguas han entrado hasta mi alma (Salmo LXVIII, 1). Y en otro lugar: Nuestra alma ha pasado por el torrente (Salmo CXXIII, 3). Y: No cierre sobre mí el pozo su boca, ni el infierno me encierre (Salmo LXVIII, 16); no me niegue la salida, quien descendí voluntariamente, voluntariamente ascenderé, quien vine como cautivo voluntario, debo liberar a los cautivos, para que se cumpla aquello: Subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad (Salmo LXVII): pues a los que antes habían sido cautivos en la muerte, este los capturó para la vida. Debemos entender los abismos como ciertas fortificaciones perniciosas y malvadas, o potestades dedicadas a tormentos y castigos, a las cuales en el Evangelio los demonios ruegan no ser enviados (Lucas VIII). Por eso también había tinieblas sobre el abismo (Gén. I). A veces el abismo se toma también por los sacramentos y los profundísimos sentidos, y los juicios de Dios: Los juicios del Señor son un gran abismo (Salmo XXXV, 7). Y: Un abismo llama a otro abismo, a la voz de tus cataratas (Salmo XLI, 8).

El mar cubrió mi cabeza, descendí a los extremos de los montes, las barras de la tierra me encerraron para siempre. LXX: Mi cabeza entró en las hendiduras de los montes: descendí a la tierra, cuyas barras son retenciones eternas. Que la cabeza de Jonás fue cubierta por el mar, y descendió a los extremos de los montes, y llegó hasta las profundidades de la tierra, donde por la voluntad de Dios el globo terráqueo se sostiene como por barras y columnas, no hay duda, de lo cual también se dice en otro lugar: Yo he afirmado sus columnas (Salmo LXXIV, 4). En cuanto al Señor Salvador, según ambas ediciones, me parece que puede entenderse así, que su principal y cabeza, es decir, el alma que asumió dignamente con el cuerpo por nuestra salvación, descendieron a las hendiduras de los montes, que estaban cubiertos por las olas, que se habían apartado de la libertad del cielo, que el abismo rodeaba, que se habían separado de la majestad de Dios, y después incluso penetró en los infiernos: a los cuales lugares como en el limo extremo de los pecados, las almas eran arrastradas, diciendo el Salmista: Entrarán en las partes más bajas de la tierra, serán parte de los zorros (Salmo LXII, 10, 11). Estos son las barras de la tierra, y como ciertas cerraduras del extremo calabozo y de los suplicios, que no quieren que las almas cautivas salgan del infierno. Por eso los Setenta significativamente tradujeron *κατόχους αιώνιους*, esto es, siempre deseando retener a aquellos que una vez habían invadido. Pero nuestro Señor, de quien leemos bajo la persona de Ciro en Isaías: Romperé las puertas de bronce, y haré pedazos las barras de hierro (Isaías IV, 2), descendió a los extremos de los montes, y fue encerrado con barras eternas, para liberar a todos los que habían sido encerrados.

(Vers. 7.) Y levantarás de la corrupción mi vida, Señor mi Dios. LXX: Y suba de la corrupción mi vida, Señor mi Dios. Propiamente dijo, levantarás: o suba de la corrupción mi vida, porque había descendido a la corrupción, y a los infiernos. Esto es lo que los Apóstoles

interpretan en el salmo decimoquinto profetizado desde la persona del Señor: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción: que David ciertamente murió y fue sepultado: pero la carne del Salvador no vio corrupción. Otros interpretan que en comparación con la bienaventuranza celestial y el Verbo de Dios, el cuerpo humano es corrupción, que se siembra en corrupción; y en el salmo ciento tres se significa desde la persona del Justo: Quien sana todas tus enfermedades: quien redime tu vida de la destrucción. Por eso también el Apóstol dice: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Y se llama cuerpo de muerte, o cuerpo de humillación. Esto lo llevan a la ocasión de su herejía: para mentir bajo la persona de Cristo sobre el anticristo: para poseer las iglesias, para nutrir un vientre muy gordo, y viviendo carnalmente, disputan contra la carne. Pero nosotros sabemos que el cuerpo asumido de la Virgen incorrupta, no fue corrupción de Cristo, sino templo. Pero si somos llevados a la sentencia del Apóstol a los Corintios, en la que se dice cuerpo espiritual (I Cor. XV), para no parecer contenciosos, diremos que el mismo cuerpo, y la misma carne resucitará, que fue sepultada, que fue puesta en la tierra; pero cambiará su gloria, no cambiará su naturaleza: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Cuando se dice, esto, de alguna manera se muestra el cuerpo comprendido entre dos dedos: esto en lo que nacemos, esto en lo que morimos, esto que temen recibir los que serán castigados, esto que la virginidad espera como premio, el adulterio teme como castigo. Sobre Jonás, sin embargo, puede entenderse así: Que quien en el vientre del cetáceo según la naturaleza de los cuerpos debía corromperse, y convertirse en alimento de la bestia, y difundirse por las venas y miembros, permaneció sano e íntegro. Por lo demás, lo que dice: Señor mi Dios, es un afecto de quien halaga, que sintió a Dios común de todos, por la magnitud del beneficio, como suyo y casi propio.

(Vers. 8.) Cuando mi alma estaba angustiada en mí, me acordé del Señor. LXX: Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé del Señor. Cuando, dice, no esperaba otra ayuda, el recuerdo del Señor fue mi salvación, según aquello: Me acordé del Señor y me alegré (Sal. LXXVI, 4). Y en otro lugar: Me acordé de los días antiguos, y tuve en mente los años eternos (Sal. LXXVI, 6). Yo, cuando desesperaba de la salvación, y la fragilidad de la carne en medio del vientre del cetáceo no me permitía esperar nada de la vida, todo lo que parecía imposible fue superado por el recuerdo del Señor. Veía que estaba encerrado en el vientre del cetáceo, y toda mi esperanza era el Señor. De esto aprendemos, según los Setenta, que en el momento en que nuestra alma desfallece y se separa del cuerpo, no debemos dirigir nuestro pensamiento a otro, sino a aquel que es nuestro Señor tanto en el cuerpo como fuera de él. En cuanto a la persona del Salvador, no es difícil de interpretar, quien dijo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38, 39). Y: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Y: En tus manos encomiendo mi espíritu (Sal. XXX, 6): y otras cosas similares.

Que mi oración llegue a ti, a tu santo templo. LXX de manera similar. Por eso, en la tribulación me acordé del Señor, para que mi oración desde el extremo del mar, y desde las grietas de las montañas, ascienda a los cielos y llegue a tu santo templo, en el cual disfrutas de la eterna bienaventuranza. Y es de considerar que, de una manera nueva, se hace oración por la oración, y se ruega para que su oración ascienda al templo de Dios. Pide, además, como un pontífice, que en su cuerpo el pueblo sea liberado.

(Vers. 9.) Los que guardan vanidades en vano, abandonarán su misericordia. LXX: Los que guardan vanidades y mentiras, han abandonado su misericordia. Dios es misericordioso por naturaleza, y está dispuesto a salvar con clemencia a quienes no puede salvar con justicia: pero nosotros, por nuestro vicio, perdemos y abandonamos la misericordia preparada y que se

ofrece espontáneamente. Y no dijo, los que hacen vanidades (Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Ecl. I, 2) para no parecer condenar a todos, y negar la misericordia a todo el género humano; sino los que guardan vanidades, o mentiras, que han pasado al afecto del corazón: que no solo hacen, sino que guardan vanidades como si las amaran, y creen haber encontrado un tesoro. Al mismo tiempo, observa la magnanimidad del profeta, en lo profundo del mar, en el vientre de una bestia tan grande cubierto por la noche eterna, no piensa en su peligro, sino en la naturaleza de las cosas, filosofando con una sentencia general. Misericordia, dice, abandonarán. Aunque la misericordia ofendida es la que podemos entender como Dios mismo (Porque misericordioso y compasivo es el Señor, paciente y de mucha misericordia (Sal. CXLIV, 8), sin embargo, a aquellos que guardan vanidades, no los abandona, no los detesta, sino que espera que regresen: ellos, sin embargo, abandonan por su propia voluntad la misericordia que permanece y se ofrece espontáneamente. Esto también puede ser profetizado desde la persona del Señor sobre la perfidia de los judíos, quienes, mientras creen guardar los preceptos de los hombres y los mandamientos de los fariseos, que son vanidad y mentira, abandonaron a Dios, quien siempre había tenido misericordia de ellos.

(Vers. 10.) Pero yo, con voz de alabanza, te ofreceré sacrificios: todo lo que prometí lo cumpliré por la salvación del Señor. LXX: Pero yo, con voz de alabanza y confesión, te ofreceré sacrificios, todo lo que prometí lo cumpliré para la salvación del Señor. Los que guardan vanidades, han abandonado su misericordia: pero yo, que fui devorado por la salvación de muchos, con voz de alabanza y confesión te ofreceré sacrificios, ofreciéndome a mí mismo: porque nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (I Cor. V). Y como verdadero pontífice y oveja, se ofreció a sí mismo por nosotros. Y confesaré, dice, a ti como antes confesé, diciendo: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mat. XI, 15; Juan VI, 39); y cumpliré los votos que hice por la salvación de todos al Señor, para que todo lo que me diste no perezca eternamente. Vemos lo que en su pasión el Salvador prometió por nuestra salvación: no hagamos mentiroso a Jesús: por lo tanto, seamos puros, y separados de todas las inmundicias de los pecados, para que nos ofrezca a Dios Padre como las víctimas que había prometido.

(Vers. 11.) Y el Señor dijo al pez: y vomitó a Jonás en tierra seca. LXX: Y ordenó al cetáceo, y arrojó a Jonás sobre tierra seca. Lo que leímos anteriormente bajo la persona de Jonás, el Señor lo suplicó en el vientre del cetáceo, del cual también Job habla místicamente: Maldiga el día, aquel que está por capturar al gran cetáceo (Job III, 8). Por lo tanto, se ordena a este gran cetáceo, y a los abismos y al infierno, que devuelvan al Salvador a la tierra: y quien había muerto, para liberar a aquellos que estaban retenidos por las cadenas de la muerte, lleva consigo a muchos a la vida. Lo que se escribe como vomitó, debemos entenderlo de manera enfática: que desde las entrañas más profundas de la muerte, la vida victoriosa surgió.

(Cap. III.---Vers. 1, 2.) Y la palabra del Señor vino a Jonás por segunda vez, diciendo: Levántate y ve a Nínive, la gran ciudad, y predica en ella según la predicación anterior, que yo te hablo. LXX: Y la palabra del Señor vino a Jonás por segunda vez, diciendo: Levántate, y ve a Nínive, la gran ciudad, y predica en ella según la predicación anterior, que yo te hablé. No se le dice al profeta, por qué no hiciste lo que se te había ordenado, sino que le basta con la corrección del naufragio y la devoración, para que quien no había sentido al Señor mandando, entendiera al Señor liberando. De lo contrario, es superfluo querer imputar al siervo delincuente lo que hizo después de los golpes, ya que tal corrección no es tanto una enmienda como una reprensión. Pero nuestro Señor, después de la resurrección, es enviado por segunda vez a Nínive, para que quien antes había huido de alguna manera, diciendo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mat. XXVI, 39), y no había querido dar el pan de los hijos a los perros (Ibid., XV); ahora, porque ellos habían dicho, Crucificalo, crucificalo:

No tenemos otro rey sino César (Juan XIX, 15), va voluntariamente a Nínive, para predicar después de la resurrección lo que antes de la pasión se le había ordenado predicar. Todo lo que se le ordena, lo que obedece, lo que no quiere, lo que de nuevo se ve obligado a querer, lo que ejecuta por segunda vez la voluntad del Padre, refiérela al hombre y a la forma de siervo, a quien tales palabras convienen.

(Vers. 3.) Y Jonás se levantó y fue a Nínive según la palabra del Señor: y Nínive era una gran ciudad de Dios, de tres días de camino: y Jonás comenzó a entrar en la ciudad un día de camino. LXX: Y Jonás se levantó y fue a Nínive, como el Señor le había hablado. Nínive era una gran ciudad para Dios, como de tres días de camino: y Jonás comenzó a entrar en la ciudad como de un día de camino. Inmediatamente Jonás cumplió con la obra que se le había ordenado. Nínive, a la que se dirigía el profeta, era una ciudad grande, de tal extensión que apenas podía ser recorrida en tres días de camino. Pero él, recordando el mandato y el naufragio anterior, completó el camino de tres días con la prisa de un solo día, aunque hay quienes entienden simplemente que predicó solo en la tercera parte de la ciudad, y que el sermón de la predicación llegó rápidamente a los demás. Nuestro Señor propiamente se dice que resurge después de los infiernos, y predica la palabra del Señor, cuando envía a los apóstoles a bautizar a aquellos que estaban en Nínive, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, en el camino de tres días. Y este mismo sacramento de la salvación humana se completa en el camino de un solo día, es decir, en la confesión de un solo Dios, no tanto predicando los apóstoles, como Jonás en los apóstoles. Él mismo dice: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). Y no hay duda de por qué Nínive es una gran ciudad de Dios, cuando el mundo y todo lo que en él hay fue hecho por él, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). También es de notar que no dijo, tres días y noches, o, un día y noche, sino absolutamente, días y día, para mostrar que en el misterio de la Trinidad, y en la confesión de un solo Dios, no hay nada oscuro.

(Vers. 4.) Y clamó y dijo: aún cuarenta días, y Nínive será destruida. LXX: Y predicó y dijo: aún tres días, y Nínive será destruida. El número tres que se pone en los Setenta no conviene a la penitencia: y me sorprende bastante por qué se tradujo así, cuando en hebreo no hay ninguna comunidad de letras, ni de sílabas, ni de acentos, ni de palabras. Tres se dice SALOS (), y cuarenta ARBAIM (). De lo contrario, el profeta enviado desde Judea a los asirios, con tan largo camino, exigía una penitencia digna de su predicación, para que las heridas antiguas y podridas fueran curadas con un emplastro aplicado durante mucho tiempo. Por otro lado, el número cuarenta conviene a los pecadores y al ayuno, y a la oración, y al saco, y a las lágrimas, y a la perseverancia en la súplica: por lo cual Moisés ayunó cuarenta días en el monte Sinaí (Éxodo XXXIV), y Elías, huyendo de Jezabel, con el hambre impuesta a la tierra de Israel, y la ira de Dios pendiente sobre ella, se describe que ayunó cuarenta días (III Reyes XXXIV). También el Señor, el verdadero Jonás enviado a la predicación del mundo, ayuna cuarenta días: y dejándonos la herencia del ayuno, prepara nuestras almas para el consumo de su cuerpo bajo este número. Y lo que clamó, se cumple aquello del Evangelio: De pie, clamaba en el templo, diciendo: El que tenga sed, venga a mí y beba. Toda palabra del Salvador, porque predicaba cosas grandes, se llama clamor.

(Vers. 5.) Y los hombres de Nínive creyeron en Dios, y proclamaron un ayuno, y se vistieron de sacos desde el mayor hasta el menor. LXX de manera similar. Nínive creyó, e Israel permanece incrédulo. El prepucio creyó, y la circuncisión permanece infiel. Y primero creen los hombres de Nínive, que habían llegado a la edad de Cristo: proclaman el ayuno, y se visten de sacos desde el mayor hasta el menor. Digno es el alimento y el hábito de la penitencia, para que quienes ofendieron a Dios con lujo y ambición, con la condenación de estos, agraden a Dios, por lo que antes lo ofendieron. El saco y el ayuno son armas de la

penitencia, auxilios de los pecadores: antes el ayuno, y luego el saco; antes lo que es oculto, y después lo que es manifiesto: esto siempre a Dios, aquello a veces se exhibe también a los hombres. Y si de dos cosas necesarias una debe ser suprimida, elegiré más bien el ayuno sin saco, que el saco sin ayuno. La mayor edad comienza, y llega hasta la menor (Job XXV, 5, 6): pues nadie está sin pecado, y si su vida fuera de un solo día, y los años de su vida numerables (Job XIV). Pues si las estrellas no son puras ante los ojos de Dios, cuánto más el gusano y la podredumbre, y aquellos que están sujetos al pecado del ofensor Adán. Pero también el orden es bellísimo: Dios manda al profeta. El profeta predica a la ciudad: primero los hombres creen, y a ellos proclamando el ayuno, toda edad se viste de saco. Los hombres no proclaman el saco, sino solo el ayuno: pero aquellos a quienes se les prescribe la penitencia, consecuentemente al ayuno añaden el saco, para que el vientre vacío y el hábito de luto supliquen más ambiciosamente al Señor.

(Vers. 6 seq.) Y llegó la palabra al rey de Nínive, y se levantó de su trono, y se despojó de su vestidura, y se cubrió de saco, y se sentó en ceniza, y proclamó y dijo en Nínive, por boca del rey y de sus príncipes, diciendo: Hombres y animales, bueyes y ovejas no prueben nada, ni se alimenten, y no beban agua, y cúbranse de sacos hombres y animales, y clamen al Señor con fuerza: y conviértase cada uno de su mal camino, y de la iniquidad que está en sus manos. ¿Quién sabe si se convertirá y perdonará Dios, y se apartará del furor de su ira y no pereceremos? LXX: Y llegó la palabra al rey de Nínive y se levantó de su trono, y se despojó de su manto, y se cubrió de saco, y se sentó en ceniza, y fue proclamado en Nínive por el rey y por todos sus mayores, diciendo: Hombres y animales, bueyes y ovejas no prueben nada, ni se alimenten, y no beban agua: y se cubrieron de sacos hombres y animales, y clamaron al Señor vehementemente, y cada uno se apartó de su mal camino, y de la iniquidad que estaba en sus manos, diciendo: ¿Quién sabe si se convertirá Dios y se compadecerá, y se apartará de la ira de su furor, y no pereceremos? Sé que muchos interpretan al rey de Nínive (quien al final escucha la predicación, y descende de su trono, y se despoja de su antiguo ornamento, vestido de saco, se sienta en ceniza: y no contento con su propia conversión, también predica penitencia a sus demás líderes, diciendo: Hombres, y animales, y bueyes, y ovejas sufran hambre, cúbranse de sacos, y condenados los antiguos vicios, se entreguen por completo a la penitencia) sobre el diablo, quien al final del mundo (pues ninguna criatura racional, hecha por Dios, perece) descendiendo de su soberbia, hará penitencia, y será restituido a su lugar original. Para la comprobación de este sentido también presentan aquel ejemplo de Daniel: donde Nabucodonosor, habiendo hecho penitencia durante siete años, es restituido a su reino original (Dan. IV). Pero esto, como la Sagrada Escritura no lo dice, y destruye por completo el temor de Dios, mientras los hombres fácilmente caen en vicios, pensando que incluso el diablo, quien es el autor de los males, y la fuente de todos los pecados, puede ser salvado tras hacer penitencia, lo descartamos de nuestras mentes. Y sabemos que los pecadores en el Evangelio son enviados al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV), y de ellos se dice: Su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá (Is. LXVI, 24). Sabemos ciertamente que Dios es clemente, y que no nos deleitamos en su crueldad, siendo pecadores; pero leemos: Misericordioso y justo es el Señor, y nuestro Dios se compadece. La justicia de Dios está rodeada de misericordia, y procede al juicio con tal ambición: así perdona, que juzga: así juzga, que se compadece. Misericordia y verdad se encontraron: justicia y paz se besaron (Sal. XLVIII, 8). De lo contrario, si todas las criaturas racionales son iguales, y ya sea por virtudes, o por vicios, se elevan por su propia voluntad o se hunden en lo más bajo, y después de un largo ciclo y siglos infinitos, se hará la restitución de todas las cosas, y habrá una sola dignidad de los que luchan, ¿cuál será la diferencia entre una virgen y una prostituta? ¿Qué diferencia habrá entre la madre del Señor, y (lo cual es un

crimen incluso decirlo) las víctimas de las lujurias públicas? ¿Serán lo mismo Gabriel y el diablo? ¿Lo mismo los apóstoles y los demonios? ¿Lo mismo los profetas y los falsos profetas? ¿Lo mismo los mártires y los perseguidores? Imagina lo que quieras, duplica los años y los tiempos, y acumula edades infinitas de tormentos: si el fin de todos es similar, todo el pasado es en vano, porque no buscamos lo que alguna vez fuimos; sino lo que siempre seremos. Ni ignoro lo que suelen decir contra esto, y preparan para sí mismos esperanza y salvación con el diablo. Pero no es el momento de escribir más extensamente contra el dogma perverso, y el *σύμφορα* diabólico de los que enseñan en los rincones, y en público lo niegan. Nos basta con haber indicado lo que hemos sentido sobre este testimonio, y como en comentarios breves señalar quién es el rey de Nínive, a quien al final llega la palabra de Dios. [Qué poder tiene entre los hombres del mundo la elocuencia y la sabiduría secular, son testigos Demóstenes, Tulio, Platón, Jenofonte, Teofrasto, Aristóteles, y los demás oradores y filósofos, que son considerados como reyes de los hombres, y sus preceptos no se reciben como preceptos de mortales, sino como oráculos de dioses. Por eso también Platón dice: Serán felices las repúblicas, si o los filósofos reinan, o los reyes filosofan. Cuán difícil es que hombres de este tipo crean en Dios, para no pasar por alto los ejemplos cotidianos, y callar sobre las antiguas historias de los paganos, nos basta con el testimonio del Apóstol, quien escribiendo a los Corintios, dice: Ved, hermanos, vuestra vocación, que no son muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: sino que Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte, y lo vil del mundo, y lo que era despreciable eligió Dios (I Cor. I, 26), y demás. Por eso dice de nuevo: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los prudentes (Ibid., XIX). Y: Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas (Col. II, 8). De lo cual es evidente que la predicación de Cristo es escuchada por los reyes del mundo al final, y dejando el brillo de la elocuencia y los adornos y la belleza de las palabras, se entregan por completo a la simplicidad y rusticidad, y reducidos a un culto plebeyo se sientan en la suciedad, y destruyen lo que antes habían predicado. Proponemos a nosotros mismos al bienaventurado Cipriano (quien antes fue defensor de la idolatría, y llegó a tal gloria de elocuencia, que también enseñaba oratoria en Cartago) que finalmente escuchó el sermón de Jonás, y convertido a la penitencia, llegó a tal virtud, que predicó a Cristo públicamente, y por él inclinó su cuello a la espada. Sin duda entendemos que el rey de Nínive descendió de su trono, y cambió la púrpura por el saco, los ungüentos por el lodo, las limpiezas por la suciedad: no la suciedad de los sentidos, sino de las palabras. Por eso también se dice de Babilonia en Jeremías: Copa de oro es Babilonia, que embriaga a toda la tierra (Jer. LI, 7). ¿A quién no ha embriagado la elocuencia secular? ¿A quién no ha deslumbrado con la composición de palabras y el brillo de su elocuencia? Es difícil que los hombres poderosos y nobles y ricos, y mucho más difícil que los elocuentes crean en Dios: pues su mente se ciega con las riquezas y los bienes y la lujuria, y rodeados de vicios, no pueden ver las virtudes y la simplicidad de la Sagrada Escritura, no juzgan por la majestad de los sentidos, sino por la vileza de las palabras. Pero cuando aquellos que antes enseñaban el mal, convertidos a la penitencia, comienzan a enseñar el bien, entonces veremos a los pueblos de Nínive convertirse con una sola predicación, y se hará lo que leemos en Isaías: ¿Nació una nación de una vez? También entiende en el mismo sentido a los hombres y animales cubiertos de sacos, y clamando al Señor: que tanto los racionales como los irracionales, y los prudentes y los simples hagan penitencia a la predicación de Jonás, según lo que se dice en otro lugar: Salvarás, Señor, a hombres y animales (Sal. XXXV, 7). Pero podemos interpretar de otra manera a los animales cubiertos de sacos, especialmente en aquellos testimonios en los que leemos: El sol y la luna se vestirán de saco (Ezequiel XXXII, 7). Y en otro lugar: Vestiré el cielo de saco (Is. L, 3), por el hábito de luto, y el dolor y la tristeza, que metafóricamente se llaman saco. También lo que se dice: ¿Quién sabe si se convertirá, y

perdonará Dios? Por eso se pone de manera ambigua e incierta: para que mientras los hombres estén en duda sobre la salvación, hagan penitencia más fervientemente, y provoquen más a Dios a la misericordia.

(Vers. 10.) Y vio Dios sus obras; porque se convirtieron de su mal camino, y se compadeció Dios del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo. LXX: Y vio Dios sus obras, porque se convirtieron de sus malos caminos, y se arrepintió Dios del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo. Según ambas interpretaciones, ya sea entonces a la ciudad de Asiria, o diariamente a los pueblos del mundo, Dios amenaza para que hagan penitencia: que si se convierten, él también cambiará su sentencia, y se cambiará con la conversión del pueblo. Lo cual Jeremías y Ezequiel explican más claramente, que Dios no cumplirá los bienes que ha prometido si los buenos se vuelven a los vicios; ni los males que amenaza a los peores, si ellos se vuelven a la salvación. Así pues, ahora también vio Dios sus obras, porque se convirtieron de su mal camino: no escuchó las palabras que Israel solía prometer: Todo lo que el Señor ha dicho, haremos (Éxodo XXIV, 3); sino que vio las obras: y porque prefiere la penitencia del pecador a la muerte (Ezequiel XVIII), cambió su sentencia con gusto, porque vio las obras cambiadas. Más bien, Dios perseveró en su propósito de querer ser misericordioso desde el principio: pues nadie que desee castigar, amenaza con lo que va a hacer. Toma la maldad, como dijimos antes, por los castigos y tormentos: no porque Dios pensara en hacer algo malo.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Y Jonás se afligió con gran aflicción, y se enojó: y oró al Señor y dijo. LXX: Y Jonás se entristeció con gran tristeza, y se confundió: y oró al Señor, y dijo. Viendo que la plenitud de los gentiles se introduce, y se cumple lo que se dice en el Deuteronomio: Ellos me provocaron a ira con lo que no es Dios, y yo los provocaré a ira con un pueblo que no es: con una nación insensata los irritaré (Deut. XXXII, 31), desespera de la salvación de Israel, y es sacudido por un gran dolor, que estalla en voz, y expone las causas de su tristeza, y de alguna manera dice: Yo solo fui elegido de tan gran número de profetas, para anunciar la ruina a mi pueblo por la salvación de otros. No se entristece, como algunos piensan, porque se salve la multitud de los gentiles; sino porque perece Israel. Por eso también nuestro Señor lloró sobre Jerusalén (Lucas XIX), y no quiso quitar el pan de los hijos, y dárselo a los perros (Marcos VII). Y los Apóstoles primero predicán a Israel (Hechos XIII). Y Pablo desea ser anatema por sus hermanos, que son israelitas, y de quienes es la adopción y la gloria, y el Testamento, y las promesas, y la legislación, de quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne (Rom. IX). Hermosamente, pues, doliente (que significa Jonás) se aflige con dolor, y su alma está triste hasta la muerte; porque para que no pereciera el pueblo de los judíos, en cuanto dependía de él, sufrió muchas cosas. También el nombre de la historia conviene más al doliente, significando al profeta laborioso, y agobiado por las miserias de la peregrinación y el naufragio.

(Vers. 2, 3.) Te ruego, Señor, ¿no es esto lo que dije cuando aún estaba en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis. Porque sé que tú eres un Dios clemente y misericordioso, paciente, y de mucha misericordia, que perdona sobre la maldad, y ahora, Señor, te ruego que tomes mi vida de mí, porque mejor es para mí la muerte que la vida. LXX: Oh Señor, ¿no son estos mis palabras, cuando aún estaba en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis. Porque sé que tú eres misericordioso y compasivo, paciente y de mucha misericordia, y que te arrepientes sobre las maldades, y ahora, Señor soberano, toma mi vida de mí, porque es mejor para mí morir que vivir. Esto que hemos interpretado como te ruego, y los Setenta tradujeron como ὡ δὴ, en hebreo se lee ANNA (), que me parece que significa una interjección de súplica con afecto de blandura. Porque su oración, al decir que justamente quiso huir, de alguna manera acusa de injusticia al Señor, temple sus quejas con el inicio de

una súplica. ¿No es esto, dice, lo que dije cuando aún estaba en mi tierra? Sabía que harías esto: no ignoraba que eres misericordioso, por eso no quería anunciar severidad y crueldad: por eso quise huir a Tarsis, para dedicarme a la contemplación de las cosas, y disfrutar más bien de la tranquilidad y el ocio en el mar de este mundo. Dejé mi casa, abandoné mi herencia, salí de tu seno, y vine. Si dijera que eres misericordioso y clemente y que perdonas la maldad, nadie haría penitencia: si anunciara solo severidad y juicio, sabía que eso no era de tu naturaleza. En este dilema, preferí huir, antes que engañar a los penitentes con la lenidad, o predicar de ti lo que no eres. Toma, pues, Señor, mi vida: porque mejor es para mí la muerte que la vida. Toma mi vida, que estuvo triste hasta la muerte. Toma mi vida: En tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas XV), porque mejor es para mí morir que vivir. Viviendo no pude salvar a una sola nación de Israel: moriré, y el mundo será salvado. La historia es clara, y sobre la persona del profeta se puede entender así, como hemos dicho repetidamente, que se entristece y quiere morir, para que no perezca Israel eternamente con la conversión de la multitud de los gentiles.

(Vers. 4.) Y dijo el Señor: ¿Crees que haces bien en enojarte? LXX: Y dijo el Señor a Jonás: ¿Te has entristecido mucho? La palabra hebrea ARA LAC (), y te has enojado, y te has entristecido, puede traducirse: lo cual conviene tanto a la persona del profeta, como a la del Señor, que o bien se enojó, para no parecer mentiroso ante los ninivitas, o bien se entristeció, entendiendo que Israel iba a perecer. Y razonablemente no le dice, te has enojado mal, o te has entristecido mal, para no parecer que reprende al entristecido. Ni tampoco, te has enojado bien, o te has entristecido bien: para no contradecir su propia sentencia; sino que pregunta al mismo que está enojado y entristecido, para que o bien responda las causas de su ira, o de su tristeza: o si él calla, el juicio de Dios se confirme con su silencio.

(Vers. 5.) Y salió Jonás de la ciudad, y se sentó al oriente de la ciudad, e hizo para sí una enramada allí, y se sentó debajo de ella a la sombra, hasta ver qué sucedería con la ciudad. LXX de manera similar. El primero Caín, fratricida, y homicida que dedicó el mundo con la sangre de su hermano, edificó una ciudad, y la llamó con el nombre de su hijo Enoch (Génesis IV). Por eso también el profeta Oseas dice, Dios soy yo y no hombre, santo en medio de ti: y no entraré en la ciudad (Oseas XI, 9). Porque del Señor, dice el salmista, son las salidas de la muerte (Sal. LXVII). Por eso también una ciudad de fugitivos se llama Ramoth (), que se interpreta como visión de la muerte. Y correctamente, cualquiera que sea fugitivo, y por sus pecados no merece habitar en Jerusalén, habita en la ciudad de la muerte, y está más allá de las corrientes del Jordán, que se expresa como descenso. Sale, pues, la paloma, o el doliente, de tal ciudad, y habita hacia el oriente, de donde sale el sol: y está allí en su tabernáculo, donde contemplando los tiempos que pasan, espera qué sucederá a la ciudad mencionada: antes de que Nínive sea salvada, y se seque [o crezca] la calabacera: antes de que el Evangelio de Cristo resplandezca; y se cumpla la profecía de Zacarías: He aquí el hombre cuyo nombre es Oriente (Zacarías VI, 12), Jonás estaba bajo la enramada. Pues aún no había venido la verdad, de la cual el mismo evangelista y apóstol habla. Dios es verdad. Y elegantemente se añade Y se hizo para sí una enramada allí (I Juan IV, 8), junto a Nínive. Se la hizo para sí, pues ninguno de los ninivitas podía entonces habitar con el profeta: y se sentó bajo la sombra, ya sea en el hábito de juez, o retraído de su majestad, y ceñido los lomos con fortaleza, para que no toda la vestimenta fluyera hacia los pies, y hacia nosotros, que estamos abajo, sino que se contrajera en sí mismo con un cinturón más estrecho [o más alto]. Por lo que dice para ver qué sucedería con la ciudad, usa la costumbre habitual de las Escrituras, para unir los afectos humanos a Dios.

(Vers. 6.) Y preparó el Señor Dios una hiedra, y subió sobre la cabeza de Jonás, para que fuese sombra sobre su cabeza y lo protegiera, pues había trabajado mucho: y Jonás se alegró grandemente por la hiedra. LXX: Y ordenó el Señor Dios a una calabaza, y subió sobre la cabeza de Jonás, para que fuese sombra sobre su cabeza y lo protegiera de sus males: y Jonás se alegró grandemente por la calabaza. En este lugar, un tal Cantherius de la antiquísima familia de los Cornelios, o (como él mismo presume) de la estirpe de Asinio Polión, se dice que me acusó en Roma de sacrilegio, porque en lugar de calabaza, tradujo hiedra: temió, evidentemente, que si en lugar de calabazas crecieran hiedras, no tendría de dónde beber ocultamente y en secreto. Y en verdad, en las mismas calabazas de los recipientes, que comúnmente llaman Saucomarias, suelen representar las imágenes de los apóstoles: de las cuales él mismo asumió un nombre que no le pertenece. Si tan fácilmente se cambian los nombres, que en lugar de los tribunos sediciosos Cornelios, se llamen cónsules a los Emilios, me sorprende por qué no se me permite traducir hiedra por calabaza. Pero pasemos a cosas serias. En lugar de calabaza o hiedra, en hebreo leemos CICEION (), que también en lengua siria y púnica se dice CICEIA. Es un tipo de arbusto o arbolillo, que tiene hojas anchas como las de la vid, y una sombra muy densa, sosteniéndose en su propio tronco, que crece abundantemente en Palestina, especialmente en lugares arenosos: y de manera asombrosa, si siembras en la tierra, rápidamente se convierte en un árbol, y en pocos días lo que viste como hierba, lo contemplas como un arbolillo. Por eso, en el mismo tiempo en que interpretábamos a los profetas, quisimos expresar el mismo nombre en lengua hebrea, porque el idioma latino no tenía esta especie de árbol; pero temimos a los gramáticos, no fuera que encontraran licencia para comentar: y o bien inventaran bestias de la India, o montes de Beocia, o ciertos portentos de este tipo, y seguimos a los antiguos traductores, que también interpretaron hiedra, que en griego se llama κισσός, pues no tenían otra cosa que decir. Examinemos, pues, la historia, y antes de los entendimientos místicos, analicemos solo la letra. La calabaza y la hiedra son de tal naturaleza que reptan por la tierra, y sin horquillas o soportes en los que se apoyen, no aspiran a alturas mayores. ¿Cómo, pues, sin que el profeta lo supiera, la calabaza, al surgir en una noche, proporcionó sombra, si no tiene la naturaleza de elevarse sin pérgolas y cañas o estacas? Sin embargo, el Ciceion, al surgir de repente, mostró un milagro y demostró el poder de Dios en la protección de la sombra verdeante, y siguió su naturaleza. En cuanto a la persona del Señor Salvador, para no abandonar completamente la calabaza por amor a la φιλοκολύκηθον, se puede referir así, recordando aquello de Isaías: "La hija de Sion será dejada como una cabaña en una viña, y como una choza en un campo de pepinos, como una ciudad sitiada" (Isaías VIII). Y digamos que en otro lugar de la Escritura no encontramos la calabaza, que donde nace el pepino, también suele nacer la calabaza. E Israel se compara a este género, que una vez protegió a Jonás bajo su sombra esperando la conversión de las naciones, y le otorgó no poca alegría haciendo sombra y cabaña, más que casa, teniendo la imagen de techos, no teniendo fundamentos de casas. Por otro lado, nuestro CICEION, un pequeño arbolillo que rápidamente surge y rápidamente se seca, se comparará en orden y vida a Israel, que envía pequeñas raíces en la tierra, y aunque intenta elevarse a lo alto, no iguala la altura de los cedros de Dios y los abetos. Lo que me parece que también significan las langostas, de las que se alimentaba Juan, quien dice bajo el símbolo de Israel: "Es necesario que él crezca, y yo disminuya" (Juan III, 30): un animal pequeño, con alas débiles, que se levanta de la tierra, pero no puede volar más alto, para ser más que un reptil, y sin embargo no igualarse a las aves.

(Vers. 7 y 8.) Y preparó el Señor un gusano al amanecer del día siguiente, y golpeó la hiedra, y se secó: y cuando salió el sol, ordenó el Señor un viento caliente y abrasador; y el sol golpeó sobre la cabeza de Jonás, y se desmayaba: y pidió para sí la muerte, y dijo: Mejor es para mí morir que vivir. LXX: Y ordenó Dios al gusano por la mañana del día siguiente, y

golpeó la calabaza, y se secó: y tan pronto como salió el sol, ordenó el Señor al espíritu de ardor abrasador, y el sol golpeó sobre la cabeza de Jonás, y se angustió, y se cansó de su vida, y dijo: Mejor es para mí morir que vivir. Antes de que surgiera el sol de justicia, la sombra verdeante estaba viva, e Israel no se secaba: después de que él se levantó, y las tinieblas de Nínive fueron disipadas por su luz, el gusano preparado al amanecer del día siguiente (sobre el cual se titula el salmo veintiuno: "Para la ascunción matutina"; y que sin semilla alguna surge de la tierra, y dice: "Soy un gusano y no un hombre" (Salmo XXI, 7) golpeó la sombra, que desierta de la ayuda de Dios perdió todo su verdor. Y ordenó el Señor un viento caliente y abrasador, del cual se profetiza en Oseas: "El Señor traerá un viento abrasador del desierto que sube, y secará sus venas, y desolará su fuente" (Oseas XIII, 15). Y Jonás comenzó a desmayarse, y nuevamente a desear morir en el bautismo con Israel, para que en el lavacro reciba la humedad que perdió en la negación. Por eso Pedro habla a los judíos secos: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos II, 38). Hay quienes entienden al gusano y al viento abrasador como los líderes romanos, que después de la resurrección de Cristo, destruyeron completamente a Israel.

(Vers. 9.) Y dijo el Señor a Jonás: ¿Crees que haces bien en enojarte por la hiedra? Y él dijo: Hago bien en enojarme hasta la muerte. LXX: Y dijo el Señor Dios a Jonás, ¿te entristeces mucho por la calabaza? Y él dijo: Me entristezco mucho hasta la muerte. Antes, cuando los ninivitas hacían penitencia y la ciudad de las naciones era salvada, el profeta fue preguntado lo mismo: "¿Crees que haces bien en enojarte?" no respondió nada, sino que aprobó la pregunta de Dios con su silencio, pues sabía que Dios es clemente, misericordioso, paciente, de gran misericordia, y perdonador de maldades, y no se dolía por la salvación de las naciones: pero aquí, después de que la calabaza se secó y se marchitó Israel, y siendo preguntado con distinción: "¿Haces bien en enojarte por la hiedra?" respondió con fiadamente y dijo: "Hago bien en enojarme, o me entristezco hasta la muerte": pues no quise salvar a otros de tal manera que otros perecieran, no quise ganar a los extraños de tal manera que perdiera a los míos. Y en verdad hasta el día presente Cristo llora por Israel: y Jerusalén llora hasta la muerte, no la suya, sino la de los judíos, para que mueran los que niegan, y resuciten confesando al Hijo de Dios.

(Vers. 10 y 11.) Y dijo el Señor: Tú te compadeces de la hiedra, por la cual no trabajaste: ni la hiciste crecer: que nació en una noche, y en una noche pereció: ¿y yo no he de compadecerme de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que no saben distinguir entre su mano derecha y su izquierda, y muchos animales? LXX: Y dijo el Señor: Tú te compadeciste de la calabaza, por la cual no trabajaste, ni la criaste, que nació en la noche, y en la noche pereció: ¿y yo no he de compadecerme de Nínive, la gran ciudad, en la que habitan más de doce miríadas de hombres que no saben distinguir entre su mano derecha y su izquierda, y muchos animales? Es de extrema dificultad explicar cómo, según la tropología, se dice al Hijo: "tú te compadeces de la hiedra, por la cual no trabajaste, ni la hiciste crecer", cuando todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). Por eso, algunos al interpretar este lugar, para resolver la cuestión inminente, incurrieron en blasfemia. Pues tomando aquello del Evangelio: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios" (Marcos X, 18), interpretaron al Padre como bueno. 429 El Hijo, en comparación con aquel que es perfectamente y verdaderamente bueno, lo colocaron en un grado menor. Y no consideraron al decir esto, que incurrieron más bien en la herejía de Marción (quien introduce a otro Dios solo bueno, y a otro juez y creador) que en la de Arrio, quien aunque predica al Padre mayor y al Hijo menor, sin embargo no niega al Hijo como creador. Por lo tanto, lo que vamos a decir debe ser escuchado con indulgencia, y nuestros

esfuerzos deben ser ayudados más bien con favor y oraciones, que despreciados con un oído malicioso, porque criticar y denigrar pueden hacerlo incluso los inexpertos; pero es propio de los doctos, y de quienes conocen el sudor de los que trabajan, o bien tender la mano a los cansados, o mostrar el camino a los errantes. Nuestro Señor y Salvador no trabajó tanto en Israel, como trabajó en el pueblo de las naciones. De hecho, Israel habla con confianza: "He aquí, tantos años te sirvo, y nunca he desobedecido tu mandato, y nunca me diste un cabrito para alegrarme con mis amigos: pero cuando vino este tu hijo que ha consumido su hacienda con rameras, mataste para él el becerro engordado" (Lucas XV): y sin embargo no es refutado por el padre, sino que se le dice con clemencia: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas: era necesario hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto, y ha revivido: estaba perdido, y ha sido hallado". Por el pueblo de las naciones fue inmolado el becerro engordado, y se derramó la preciosa sangre, de la cual Pablo discute plenamente a los Hebreos (Hebreos X). Y David en el salmo: "Hermano, dice, no redime, redimirá el hombre" (Salmo XLVIII, 8). 430 Cristo decretó que aquel creciera: este murió, para que aquel viviera: este descendió a los infiernos, para que aquel ascendiera a los cielos. En Israel, en verdad, no hubo tanto trabajo. Por eso envidia al hermano menor, que después de haber derrochado su hacienda con rameras y proxenetas, recibe el anillo y la estola, y goza de la dignidad anterior. Pero lo que dice, que nació en una noche, significa el tiempo antes de la venida de Cristo, que fue la luz del mundo, de quien se dice: "La noche ha pasado, el día se ha acercado" (Romanos XIII, 12). Y en una noche pereció, cuando se les ocultó el sol de justicia, y perdieron la palabra de Dios. La ciudad de Nínive, grande y hermosa, prefigura a la Iglesia, en la que el número es mayor que el de las diez (o doce) tribus de Israel: lo que también significan los fragmentos en el desierto de los doce cestos (Marcos VI). No saben, sin embargo, qué es entre la derecha y la izquierda, ya sea por inocencia y simplicidad, para mostrar la edad lactante, y dejar al entendimiento cuán grande es el número de la otra edad, cuando es tan grande el de los pequeños. O ciertamente (porque la ciudad era grande, y en una gran casa no solo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro (II Timoteo II)) había en ella una gran multitud, que antes de hacer penitencia no sabía qué era entre el bien y el mal, entre la derecha y la izquierda. Pero también muchos animales: porque es grande el número de animales en Nínive y de hombres irracionales, que son comparados a los animales insensatos, y se les asemejan (Salmo XLVIII).